

Queridas amigas, queridos amigos: Creo que esta es la manera más apropiada y corta para dirigirme a todos vosotros en esta antepenúltima lección de mi vida docente.

Cuando mi Directora, María Teresa Blay Boqué, Maite, me encargó esto que ahora estoy haciendo, también me sugirió que, a petición de terceros, el asunto debía versar sobre las "Coplas a la muerte de su padre", el Maestre de la Orden de Santiago, don Rodrigo, "*tanto famoso / y tan valiente*", compuestas por su hijo Jorge Manrique.

Acepté muy gustosamente y en el acto caí en la cuenta de que, - después de Antonio Serrano de Haro y de Pedro Salinas, entre otros estudiosos - querer alguien decir / alguna palabra nueva / es locura. Había de procurar, consecuentemente, huir de la erudición prestada, sintetizar las Coplas, limitarme a un tiempo prudencial, olvidar Troya y los troyanos, acabar - en la medida de lo imposible - mi Odisea docente, arribar a Ítaca y salpimentar todo con las necesarias distensiones para que la graveza no pese sobre todos nosotros, la ligereza no os ahuyente y la vacuidad no os deje ayunos a estas horas.

Las Coplas son, hora es ya de decirlo, un poético acto de amor filial, emocionante y mesurado, naturalmente triste, tristemente natural, pues es ley que el hijo cante al padre y se haga verdad la frase de Gregorio Marañón cuando decía que "los padres tenemos la gloria de sentirnos inmortales en los hijos".

Esta extraña simbiosis que aparece en las Coplas, por la que el hijo vive gracias al padre y el padre alcanza una tercera vida, - la de la fama -, gracias al hijo, se patentiza también en dos de los cuatro temas de las Coplas: vida, tiempo, fortuna y muerte; el tiempo conduce la vida, con

varia fortuna, hasta la muerte. Vida y muerte se alientan: toda vida ha de morir y toda muerte ha vivido. La convivencia, o conmortencia, de ambas todavía puede leerse en una jamba de una puerta de nuestra ciudad, expresada aquella mediante esta serena afirmación de sabiduría popular, digna de Quevedo: "Tan segura está la muerte de su victoria que nos da toda la vida de ventaja".

Pero no son estas dos palabras, vida y muerte, las dos a las que me refiero en el título porque ellas dos, más el tiempo y la fortuna, están encerradas entre estas otras dos: "recuerde" y "memoria", inicial y postrera de las Coplas.

"Recuerde" ha de entenderse, ahora, aquí, no sólo como exhorto para que el alma despierte, recapacite, medite y cambie de actitud acordándola a la moral cristiana; también ha de tomarse en su sentido denotativo de la palabra: "traer a la memoria una cosa", cosas que están grabadas en la memoria, -disco duro-, de la Humanidad. En este sentido los profesores somos las memorias transportables, los disquetes que, como en mi caso, nos conectan y aparece en vuestra pantalla una parte de vuestras vidas.

Si la segunda palabra, "memoria", -esa olvidada y desentrenada potencia del alma por medio de la cual se recuerda el pasado y se retiene lo adquirido-, si la memoria tiene en vosotros los suficientes bytes; si no confiáis todo a la memoria RAM, que se pierde cuando se apaga el examen; si vais mejorando y ampliando vuestro hardware y frecuentáis las bibliotecas, esos inagotables yacimientos de uveacheses, cedés y deuvedés que no necesitan conexión a la red ni pilas y funcionan a la velocidad que queráis según pasáis las páginas; si buscáis y adquirís nuevo software mediante técnicas de estudio y de interpretación de datos, entonces os daréis cuenta de que sois unos ordenadores perfectos, unas computadoras personales más personales que ningún PC porque sois personas, sois la

honra de la Creación, y sólo tenéis que convertir las potencias del alma, -entendimiento, voluntad y memoria-, en acto.

Permitidme que en esta mi -como he dicho- antepenúltima lección haga un ejercicio de memoria y recuerde las primeras que recibí de mis padres, quienes no sólo me dieron toda mi vida, y gran parte de la suya, sino que también me enseñaron a leer, a sumergirme en un fabuloso mundo de imaginaciones y ser protagonista de aventuras sin cuento en los cuentos que leía. También quisiera introducir, en la memoria de otros, otros nombres que están en la mía: doña Mercedes Serrano, don Joaquín Rojas, don Luis Brull, don Paco León, entre otros, magníficos profesores de mi Bachillerato. Con distinta intención de la de Garcilaso, juntos están en la memoria mía y por ella y con mi respeto recordados.

Recordados no por lo que me regalaron, sino por lo que me exigieron para unir mi esfuerzo discente al suyo docente. Hacía entonces más de un siglo que en España, progresivamente, se sustituía el "tanto tienes, tanto vales" por el "tanto estudias, tanto valdrás". Este mérito del esfuerzo, esta progresión cultural y social, está a punto de ser destruida por segunda vez y sustituida por una regresión subsidiada.

Pero *"Dejemos a los romanos, / aunque oímos y leímos / sus hestorias / (...) vengamos a lo de ayer, / que también es olvidado / como aquello"*, como aquellas leyes que cuidaban la Lengua y la Literatura, modernas y clásicas, y nos permitían conocer, y amar, nuestras raíces y saber que cuando miramos un árbol no vemos un árbol, sino medio árbol porque debajo de la superficie de la tierra están las sustancias nutricias y las ramas simétricas inversas, nutrientes, por las que el árbol, como el río, como la vida, es siempre y nunca el mismo.

Sigamos en lo de ayer. Recuerdo con gozo aquellas clases en las que explicaba los tres grandes apartados de las Coplas: en primer lugar, las

generalidades sobre lo huidizo de la vida deslizándose por el tiempo; luego, los ejemplos de los bienes apetecibles a los que *"no les pidamos firmeza, / pues que son de una señora / que se muda; que bienes son de Fortuna / que revuelve con su rueda / presurosa, / la cual no puede ser una, / ni estar estable ni queda / en una cosa"*, para acabar con la concreción en el Maestre don Rodrigo. Recuerdo aquellas clases por las que *"a nuestro parescer, / cualquiera tiempo pasado / fue mejor"*. Entre otras cosas porque todos éramos más jóvenes.

Y si alguien piensa que hace unos cuanto minutos hablo sin decir nada de lo que están sospechando que voy a nombrar, ¿por qué no recordar aquellos viajes de estudio a Cuenca, a Castillo de Garcimuñoz, al pie de cuyos muros cayó mortalmente herido Jorge Manrique? ¿Por qué no hemos de hacer un ejercicio de memoria y recorrer de nuevo aquellos pocos kilómetros, avanzando entre carrascas verdigrises y chaparros más duros que la tierra dura, hasta llegar al más rural de los pueblos, hasta Santa María del Campo Rus, donde murió nuestro poeta en un hospital cuya traza se conserva y sobre la cual se ha edificado una iglesita en medio de un umbroso paseo de olmos centenarios, enfermos y ya desaparecidos?

Manos hospitalarias le quitarían la ropa para acostarlo; de un bolsillo interior cayó un poema apenas acabado y ya manchado de sangre. Eran tiempos de armas y letras. Murió el poeta y lo enterraron en el monasterio de Uclés, a los pies de su iglesia, a los pies de la tumba de su padre, también juntos para siempre. Pero sólo en nuestro recuerdo; porque quién sabe qué reformas, qué manos, qué expolio separó los restos ya perdidos para siempre. ¡Quién sabe dónde están las reliquias de la primera vida, de la vida terrenal de *"aquel de buenos abrigo, / amado por virtuoso / de la gente, el maestre don Rodrigo / Manrique, tanto famoso / y tan valiente"*! ¡Quién dónde están los huesos del hijo amantísimo! Seguro que sus segundas vidas, las cristianas, las eternas, les permiten estar admirándose mutuamente.

El primer gran apartado, la fugacidad de la primera vida, -la de carne y hueso -, en el tiempo que intuimos no está únicamente en las metáforas de los ríos y el camino, sino también en lo efímero y perecedero de los bienes humana y lógicamente apetecibles, de "*las cosas tras que andamos / y corremos*": la adolescencia y juventud bellas, ágiles, ardorosas; la fuerza corporal, la limpieza de sangre, "*el linaje y la nobleza / tan crecida*", los señoríos, la riqueza pre-renacentista, los placeres deleitosos... Ubi sunt? ¿Dónde están?

"*Los galanes, las justas y los torneos, / paramentos, bordaduras / y cimbras, / ¿fueron sino devaneos? / ¿Qué fueron sino verduras / de las eras?*" ¿Y qué son las verduras y qué son las eras (sin hache, claro) se preguntará un estudiante de bollicao y chuches? ¿Cómo explicarle que es una metáfora de la velocidad vertiginosa del tiempo? ¿Habremos de recurrir a que es algo así como Fernando Alonso adelantando a Schumaker en la recta de tribunas?

Afortunadamente todavía hay instituciones que nos acercan el pasado. En 1995, el Ayuntamiento de Santa Bárbara reconstruyó una era de trillar mies para recuperar viejas tradiciones relacionadas con el cultivo de la tierra y mostrar todo su proceso a los escolares de la comarca. Allí verán, y comprobarán, lo que dura una brizna de verde hierba en el secarral polvoriento de la era.

¿Cómo explicar la acción incansable de la muerte, el morir, la existencia de los innumerables muertos sin nombre, pasando por los que sí lo tienen para finalizar en el panegírico de nuestro famoso y singularizado Maestro? Había que ir, siquiera fuera mediante la proyección de diapositivas, al cementerio de Reus. Allí está la fosa común, siempre abierta, voraz, esperando el resultado del morir, bordeada, festoneada de filas y filas de cruces que han perdido su relación de inmediatez con los restos mortales que se alinean y amontonan a sus pies.

En otro lado están los que conservan celosamente su nombre en una lápida horizontal o vertical.

Y, aparte, está el famoso individualizado, en una bellísima tumba sombreada por pinos, en caja de plata, en templete de cristal. Es fácil establecer el paralelismo con las Coplas. Y nada más fácil, además, que explicar el peso de la tradición, la aportación de las raíces culturales, porque, en la etopeya o descripción moral del Maestre, su hijo lo compara con "*Marco Atilio en la verdad / que prometía*". Pues bien, en el sarcófago del general Prim, el que reposa en el templete de cristal, hay un medallón con el perfil del mismo Marco Atilio Régulo, general romano, héroe apresado en la primera guerra púnica, símbolo de patriotismo y lealtad, quien valoró más su palabra que su vida y murió en la tortura por cumplir lo que había prometido: regresar a Cartago después de haber pedido al Senado de Roma no la paz, - como le encargaron sus captores -, sino que continuara la guerra contra los debilitados cartagineses.

Nuestro Jorge Manrique, autor del posiblemente más lírico canto funeral de la literatura universal, del que dijo Lope de Vega que "debía escribirse con letras de oro", particulariza desde el mundo de los anónimos a las gentes de fama para acabar en el famoso, del que "*sus grandes fechos y claros / no cumple que los alabe, / pues los vieron, / ni los quiero facer caros / pues todo el mundo sabe / cuáles fueron*". El poeta, sabiamente, hace una preterición y canta, sin cantar, las virtudes del maestre una por una, que para eso sirve la preterición: para decir que no se va a decir lo que está diciéndose y queda dicho.

Antes me he referido a un devoto de Manrique: Lope de Vega y su opinión sobre las Coplas, claro que datada ésta en el s. XVII. "*Vengamos a lo de ayer*". A finales del s. XX, en 1997, un paisano de Jorge Manrique, un gitano de Palencia, Enrique Lozano, "El Pescao", se presentó en el teatro

Alfil, de Madrid, y sin micrófonos ni decibelios, a pelo, con una guitarra, no cantó coplas flamencas sino las manriqueñas, a las que ningún cantaor se había atrevido a ponerles palo, desgarre y duende. Sólo por eso, por beberse la tradición, y porque merece vivir, viva también Enrique Lozano, un gitano de la Tierra de Campos apodado "El Pescao".

Permitidme ahora que retroceda unas sextillas para referirme, en el segundo gran apartado, el de los bienes apetecibles, a uno de los enemigos de los Manrique, que también vive en las Coplas como ejemplo de fugacidad de la gloria; tanta fugacidad que figura por su cargo, no con su nombre: *"aquel grand condestable / maestre que conoscimos / tan privado, / no cumple que dél se fable, / sino sólo que lo vimos / degollado"*. Corría 1453, nuestro poeta contaba 13 años y fue en Valladolid. Y si alguien ya está pensando que aprovecharé el paso del Pisuerga por aquella Ciudad, he de decir que no se apesure porque tengo el Júcar más a mano, que pasa por donde pasa, y en la villa de Cañete, diócesis de Cuenca, nació aquel estadista, Maestre de Santiago y Condestable de Castilla que sí tuvo nombre: don Álvaro de Luna, degollado injustamente por intrigas áulicas de nobles innobles, enemigos de la unidad del Reino para no perder sus privilegios, vencidos en Olmedo, vencedores mediante el poder del tálamo nupcial, -¡ay, la política de alcoba! -, vencedores mediante el poder de seducción de Isabel de Portugal, joven segunda esposa de Juan II de Castilla. Ascendió Isabel de princesa de Portugal a Reina de Castilla gracias a don Álvaro de Luna. ¿Cómo se dirá "braguetazo" en sentido inverso? Le agradeció el ascenso cortándole la cabeza. Los diez jueces -independientes, por supuesto- que el Rey había elegido previamente firmaron la orden de ejecución haciendo la salvedad de que la pena había de aplicarse por mandato y no por sentencia. Todo, siempre, tiene arreglo, excepto la siempre ciega ambición.

*"Pues los otros dos hermanos / maestros tan prosperados / como reyes / que a los grandes y medianos / trujieron tan sojuzgados / a sus leyes"* también eran de la diócesis de Cuenca: uno era Maestre de Calatrava y hombre tan disoluto y cargado de hijos naturales que, cuando se dirigía a celebrar los esponsales con Isabel, que luego sería la Católica, ésta dijo que si la casaban con él se clavaba un puñal en el corazón; este "uno" de los hermanos, sin nombre en las Coplas, Pedro Girón aquí, cuando se dirigía a celebrar dichos esponsales, murió repentinamente, providencialmente, de una afección de garganta.

El otro innominado hermano, Juan Pacheco, Maestre de Santiago y marqués de Villena, edificó el castillo de Belmonte para demostrar su poderío al feble Enrique IV, hermanastro de Isabel y de Alfonso. Desde lo alto del antiguo satélite de observación se divisa una extensa porción de paisaje manchego, cuadriculado en primavera de verdes triguales y rastros dorados, almagrados y pardos cuadros en el otoño. En el interior del castillo, una cámara con techo exagonal, giratorio, de madera estofada, con campanillas y espejos, colorines y señuelos, donde es tradición que el señor feudal ejercía su "ius primae noctis", es decir, su derecho de pernada. Allí, en el castillo, estuvo presa la Beltraneja, otro de los personajes de aquel revuelto siglo XV, hipotética hija del rey *"don Enrique, ¡qué poderes / alcanzaba! / ¡Cuán blando, cuán falaguero / el mundo con sus placeres / se le daba! / Mas veréis cuán enemigo, / cuán contrario, cuán cruel / se le mostró, / habiéndole sido amigo, / cuán poco duró con él / lo que le dio"*.

Tan falaguero se le mostraba el mundo que el abad de Montserrat, en nombre de la Diputación General, quería darle a Enrique IV el reino de Aragón y mandaron como primer embajador al caballero letrado mossen Copons, quien le ofreció, en Atienza, ser rey de Cataluña. Una segunda embajada fue la del arcediano de Gerona, quien prometió 700.000 florines a



Enrique IV para que tomara los títulos de rey de Aragón y Conde de Barcelona. ¿Me será permitido añadir que otro conquense, Alonso Carrillo, a la sazón arzobispo de Toledo, disuadió a Enrique de toda ambición?

Aquel siglo XV, en el que vamos situándonos, fue el de lenta transición desde la Edad Media al Renacimiento, desde el desorden a la organización, desde la injusticia a la seguridad, desde el desconcierto a la armonía de voces. En las Coplas está muy presente esta transición al Renacimiento en algunos aspectos de la mismas, como el cambio del terror a la muerte por un tránsito, un traspaso, es decir, pasar la propia vida de un lado a otro, -doctrina cristiana que impregna las Coplas-, dar un paso adelante atendiendo la mortal invitación llena de cortesía, racionalizando lo irremediablemente natural. En segundo lugar, también está muy presente el olvido del recargado retoricismo latinizante sustituyéndolo por la flexibilidad y sencillez de la lengua castiza. Por último, apreciamos las referencias a la Historia nacional, es decir, el aprovechamiento del irrenunciable pasado sin dejar de mirar al frente. Somos lo que somos y seremos lo que queramos si no olvidamos lo que hemos sido.

El tercer gran componente de las Coplas se inicia, como hemos dicho anteriormente, con una preterición que da por sabidos todas los méritos del Maestre: "*Sus grandes fechos y claros / no cumple que los alabe*". ¿Cómo era don Rodrigo, también conde de Paredes, hijo segundo de Pedro Manrique, a su vez Adelantado Mayor del Reino de León? "Fue hombre de mediana estatura; bien proporcionado en la compostura de sus miembros. Los cabellos tenía rojos y la nariz un poco larga", lo describió Hernando del Pulgar. Hasta aquí la escasa relación de rasgos físicos, aunque podemos imaginar la acción de la vejez, por cuanto vivió setenta años, que era una edad sumamente avanzada.

Fue enemigo manifiesto de Enrique IV y participó en la farsa de Ávila. En la plaza mayor de esta ciudad y en presencia del infante Alfonso, "*su hermano el inocente / que en su vida sucesor / se llamó*", representaron algunos nobles y eclesiásticos un juicio contra el Rey: en el centro, un tablado; sobre el tablado, un trono; en el trono, un monigote a imagen y semejanza del rey Enrique, vestido de luto, coronado, con cetro en la mano, estoque a la cintura y espuelas en los pies. Ante tal reo, figurado y real, desfilaron eclesiásticos y nobles leyendo los cargos, entre los que se contaban ciertos traseros delitos contra la honestidad y por todos los cuales merecía ser privado del trono. A continuación fueron desproveyendo de atributos al monigote; a don Rodrigo le correspondió descalzarle las espuelas, que arrojó coléricamente al suelo al tiempo que exclamaba, como todos: "Por puto".

Don Rodrigo no sólo fue guerrero, también fue diplomático y querido por sus vasallos, pues ante reveses de la Fortuna gozó de su solidaridad y ayuda. El Maestre, dos años antes de su muerte, "*Por su gran habilidad, / por méritos y ancianía / bien gastada, / alcanzó la dignidad / de la grand caballería / del Espada*" y a su poder de noble unió el de la Orden de Santiago, que tenía 94 encomiendas y 60.000 ducados de renta anual. Fue elegido por ocho votos favorables entre los trece electores comendadores de la Orden.

Jorge Manrique, después de enumerar con cariño de hijo y orgullo de cronista-testigo los méritos del Maestre, inicia un resumen para preparar la naturalidad de la muerte a la hora debida; no como aquella muerte intempestiva que le sobrevino al infante Alfonso, proclamado en Ávila, después de la farsa, como el doceno. La estatua orante del infante está en la Cartuja de Miraflores, en Burgos, objeto de la mirada de su yacente madre, Isabel de Portugal, quien ha apartado los ojos del también yacente a su derecha, Juan II. El infante Alfonso murió a los 14 años: "*¡Oh juicio divinal!*:"

*/ cuando más ardía el fuego, / echaste agua".* Murió ahogado por una espina de trucha.

Después de morir Alfonso, los Manrique se pasaron al bando de Isabel, cuyo V centenario de su muerte esperamos sea conmemorado este año con el esplendor que creemos merece.

La naturalidad de la muerte del Maestre, a su hora, la continuidad de la vida en la muerte, la cortesía, la educación, el saber aparecer a su hora, están impecablemente hechas literatura, hechas verso, belleza, en la conexión de las estrofas 33 y 34. Me explico. Las Coplas constan de 480 versos organizados en 40 estrofas. Treinta y nueve de las mismas terminan con un signo de puntuación: punto y aparte; es decir, se acaba una cosa y se pasa a otra. Así, las estrofas son compartimentos estancos y es posible prescindir de alguna e incluso variar su orden. Pero hay dos en las que no es posible hacer la más mínima variación porque no están aisladas sino que marcan la transición sin saltos, sin ningún signo que interrumpa el fluir de la vida. Las estrofas 33 y 34 tienen la misma continuidad, familiaridad, confianza con que abrimos la puerta a una visita cuya llamada de timbre ya conocemos. Cuando releen las Coplas, les pido que presten atención a los puntos finales de cada estrofa manriqueña. Y ahora permítanme que lea los tres versos finales de la estrofa 33 y los tres primeros de la 34 y díganme si notan alguna interrupción o falta de fluidez en el discurrir de los versos: *"en la su villa de Ocaña / vino la Muerte a llamar / a su puerta / diciendo: Buen caballero, / dejad el mundo engañoso / y su halago;* Este encabalgamiento estrófico, desdeñado en 38 ocasiones y utilizado cuando es preciso ha sido causa de que me pregunte en muchas ocasiones: ¿Era consciente Manrique, era fruto de su técnica este hallazgo? ¿O era fruto de su inspiración? En este caso, Dámaso Alonso, en su Parnaso, debe ampliar su asombro y no creer en el milagro sólo por San Juan de la Cruz.

A la Cruz, ante la presencia de la muerte, vuelve los ojos el Maestro. Renuncia a la agonía y sigue administrando el curso de su vida: " *No gastemos tiempo ya / en esta vida mezquina / por tal modo, (...) / que querer hombre vivir / cuando Dios quiere que muera / es locura*". Y entregó, devolvió su alma a Dios como quien ha disfrutado de un préstamo y lo paga de una vez.

Nosotros, por nuestra parte, hemos cumplido el exhorto y realizado un ejercicio de memoria. Hemos recordado y añadido vida, tercera vida, la de la fama, al Maestro " *y aunque la vida murió, / nos dejó harto consuelo / su memoria*".

No se acaba la vida con la muerte. Ni el trabajo con la jubilación. Quedan muchos folios por escribir.

Tarragona, 1 de abril de 2004.